Apuntes acerca de la leyenda en la tradición oral del noreste de México

Mercedes Zavala Gómez del Campo

Dentro de la narrativa de tipo tradicional, las formas en prosa poseen ciertas características peculiares en el momento de su ejecución. A diferencia de la poesía tradicional, el cuento y la leyenda se narran necesariamente a un público; es decir, el transmisor de romances y corridos (formas de poesía narrativa) puede cantarlos sin la necesidad de un auditorio, por el mero placer de entonarlos; en cambio, aquel que narre un cuento, una leyenda o hasta un chascarrillo, requerirá de oyentes. De ahí que la presencia del transmisor y su posible fusión con el narrador del texto sea mucho más fuerte en la prosa que en la poesía.

Asimismo, resulta pertinente tener en cuenta que el proceso de memorización de las formas en prosa es, hasta cierto punto, distinto del que ocurre en la poesía. En ambos casos, el transmisor aprende tanto la historia como ciertos recursos del lenguaje tradicional; pero la memorización de la poesía resulta mucho más estable pues se apoya en recursos mnemónicos como el metro y la rima; en cambio, en la prosa, es más abierta pues no cuenta con esos elementos y, así, esta apertura facilita una mayor intervención del narrador/transmisor en el momento de la *performance* .

Fórmulas, tópicos, ciertos motivos, etc. forman parte del acervo tradicional que posee cada comunidad y cada cultura. El empleo de fórmulas en la literatura de tipo tradicional es recurrente; tanto el transmisor como la comunidad las reconocen y -sobre todo los transmisores privilegiados[1]- distinguen las diversas funciones que desempeñan dentro de la poesía o del relato. Así pues, no se trata de estructuras vacías o de recursos que operan únicamente en el plano del discurso sin mayor fin que reflejar parte del lenguaje tradicional; sino que, generalmente, tienen múltiples funciones; por ejemplo, el transmisor y/o narrador las pueden emplear como recurso mnemónico, como elemento identificador del género, como punto de partida y cierre de su narración, etc.

En términos generales, la leyenda tradicional es una narración en prosa con valor de verdad reconocido para la comunidad. La característica fundamental de su forma es la apertura y sencillez estructural; el relato consiste en un solo motivo narrativo apoyado por la creencia del narrador.

Su origen está estrechamente relacionado con el mito, pues la degradación de un mito por la pérdida de su valor fehaciente -en cuanto explicación del mundo- puede originar una leyenda. Ésta se refiere a la relación del hombre con lo sobrenatural y sus temas pueden ser religiosos (incluso cuando corresponden a creencias populares totalmente heterodoxas) o profanos.

En las siguientes líneas reviso dos aspectos de las fórmulas con que se inicia y cierra la narración de una leyenda: por un lado, su función de reforzar el valor de verdad; y, por otro, su importancia dentro de la posible transformación genérica del texto[2].

a) El valor de verdad. Algunos estudiosos[3] han señalado que, a diferencia del cuento tradicional, la leyenda carece de fórmulas de inicio y cierre; sin embargo, otros como Rosa Alicia Ramos, han indicado que a este tipo de relatos "los encierra comúnmente un marco que señala el principio y la conclusión"[4] y, entendiendo el término 'fórmula' como cierta estructura verbal más o menos codificada con posibilidades de repetirse y que una comunidad

determinada la reconoce como parte del lenguaje tradicional, podemos aceptar que este tipo de estructuras se presentan en la leyenda. Evidentemente, se trata de fórmulas menos fijas que las del cuento ("Había una vez...", por ejemplo) pero, indudablemente, constituyen un esquema preestablecido y desempeñan diversas funciones.

Ahora bien, las fórmulas de inicio y cierre de las leyendas tienen -respondiendo al enorme grado de apertura del género- gran flexibilidad en cuanto a estructura y, posiblemente debido a la relativa brevedad del relato, cumplen múltiples funciones de manera simultánea, es decir que el transmisor/ narrador puede emplear una sola fórmula para indicar, reforzar, etc. distintos aspectos sin la necesidad de recurrir a otros recursos o estrategias

de narración. Dentro de la gama de funciones, la de reforzar el valor de verdad es la más importante pues se trata de un rasgo definitorio e insustituible del género. Para ello, el transmisor/narrador alude a la ubicación del espacio y del tiempo y a las fuentes de información. Y suele hacerlo al inicio, al final o en ambas partes del relato.

Ubicación de lugar y tiempo.- En contraste con el cuento, la determinación de un espacio y un tiempo son esenciales en la leyenda y se presentan comúnmente dentro de una misma fórmula en el inicio del relato y mediante referencias más o menos concretas. En el caso de la alusión al lugar, el grado de precisión es muy variado, pues la referencia puede ser aparentemente vaga como "por aquí cerca"[5] o tan exacta que indique el nombre de una calle; pero en todos los casos se tratará de un sitio dentro o en los alrededores de la localidad y vinculado a la vida de la comunidad de tal manera que subraye la veracidad de los hechos y pueda creerse en ellos[6]. Con cierta frecuencia, el narrador/transmisor indica la ubicación real o actual del lugar, especialmente cuando éste ha sufrido fuertes modificaciones, por ejemplo: "Ahí donde pasaba el río, donde hoy es la calle Himno Nacional" (*La Llorona, 1*)[7] pues relatar un acontecimiento ocurrido en un espacio indeterminado o desconocido para los oyentes, le resta credibilidad.

Respecto de la ubicación en el tiempo, el narrador no proporciona una fecha exacta -como suele suceder en otros géneros tradicionales como el corrido- sino un tiempo menos preciso, más amplio que implica un cambio de ciclo y permite al auditorio reconocerlo, aunque sea relativamente. Puesto que, para una comunidad, los cambios de ciclo determinan en gran medida su historia y, así, las distintas épocas pueden distinguirse por algún acontecimiento o situación que haya afectado a toda la comunidad, por ejemplo: una epidemia ("En una época en que en San Luis había peste...", *Los borrachitos de Montecillo*), un cambio urbanístico ("Cuando el molino viejo todavía estaba a las afueras del pueblo...", *La bruja y el nahual*), un hecho histórico o social ("Desde hace mucho, desde antes de los tiempos de la Revolución...", *La Cueva de los huesos*), un desastre o fenómeno natural como temblores, inundaciones, sequías, etc.

En la mayoría de las leyendas (81% de mi corpus) estos elementos aparecen condensados en el inicio del relato de manera similar a: "En la calle Samarripa, cuando los frailes tenían su convento de la Merced, hoy mercado de Tangamanga..." (*El callejón del diablo, 2*). Sin embargo, el narrador puede aludir mediante esta fórmula únicamente al lugar (%) o al tiempo (%) con la intención de darle al relato cierto tono misterioso que romperá al final de la narración enunciando por primera o segunda vez la ubicación de los hechos: "...Y esto lo cuentan desde antes del tiempo de los hacendados y, ahí está el ánima del Cerro Prieto; en un terreno entre lo que hoy es Cieneguitas de Fernández y Palmas Altas." (*El ánima de Cerro Prieto*).

Aunque una leyenda se refiere al pasado, frecuentemente lo hace con relación al presente. Esto lo podemos hallar en la fórmula con que se cierra el relato cuando establece -dentro de la narración- una asociación entre los dos tiempos. Al respecto, Honorio M. Velasco considera que las leyendas son "un lenguaje de vinculación" en la medida que relaciona a los miembros de una comunidad con tiempos y lugares del pasado, pues "los contextos actuales de la narración se mezclan con elementos del supuesto contexto originario y de esa forma, la leyenda enlaza tiempos pasados y tiempos presentes"; y para la comunidad, dicha asociación se vuelve

UNIVERSIDAD DE LEÓN BIBLIOTECA DE LETRAS

"única, necesaria e indisoluble"[8].

El narrador/transmisor subraya el valor de verdad del relato al establecer el nexo temporal e incluir la referencia al tiempo de la enunciación: el presente. Las diversas formas de aludir a este tiempo obedecen a distintos tipos de leyenda: por un lado, aquellas en que los hechos narrados ocurrieron en el pasado y no hay forma de comprobarlos en la actualidad sino por una evidencia que queda de ellos, por ejemplo: "...Y desde entonces, a esa calle se le conoce como el Callejón del Diablo", (*Callejón del Diablo, 1*). La veracidad del relato queda expresada en el nombre de la calle y sugiere la idea de que en el pasado era posible lo sobrenatural (las apariciones del diablo) y en el presente no hay forma de constatarlo, sólo puede creerse.

Por otro lado, hay leyendas cuyo valor de verdad reside, especialmente, en la posibilidad de comprobar lo narrado, pues los acontecimientos se repiten una y otra vez. A veces en circunstancias o condiciones precisas: "... Y, cada jueves santo, se ve a esa misma señora arriba del cerro, camina ella sola, despacito y como mirando a todos lados. Y mucha gente viene nomás ese día a verla desde lejos." (*La Cueva del Cerro del Salteador*) o, "Y siempre, en las noches cerradas y sin luz eléctrica se oye a este grupo de ánimas que están penando y caminan por aquí", (*El callejón de la Salve oscura*). También puede tratarse una continuación de los hechos; una convivencia cotidiana con los personajes y acontecimientos del pasado pero cuya vigencia es innegable: "Muy seguido se ven las luces de las brujas volando y se oye el ruidito se sus alas de petate y la gente teme pasar por ahí en la noche y, mejor, no se mete con ellas porque esos animales son dañeros", (*Las brujas, 2*).

Las fuentes de información.- Otra de las estrategias que emplea el narrador para subrayar el valor de verdad del relato es aludir a fuentes de información fidedignas; no se trata -necesariamente- de testigos presenciales y, mucho menos, de fuentes impresas.

La mayoría de las veces, el transmisor emplea un verbo (contar o decir, casi siempre) conjugado en presente y en la tercera persona del plural, por ejemplo: "Dicen que siempre donde pasan ríos o hay acequias..."(*La Llorona, 7*). La evocación resulta, a primera vista ambigua: ¿quiénes son los que cuentan y por qué se les ha de creer? La respuesta parece estar en cadena de la transmisión oral de un texto: dentro de cada comunidad tradicional hay ciertos valores preestablecidos que permiten que algunos de sus integrantes tengan mayor autoridad y se les deba respeto, entre ellos: el curandero, el chamán, el cantador o cuenta cuentos, en algunos casos la casamentera, además de todos los viejos -hombres y mujeres- del lugar (hay que recordar que en las comunidades rurales y suburbanas de México, los viejos tienen una jerarquía relevante; y se les estima y respeta por su sabiduría y experiencia)[9]. Estos "oficios" se transmiten de generación en generación y representan gran parte del saber de un pueblo. La comunidad se siente plenamente identificada con ellos y acepta como verdad lo que dicen, pues se reconoce como parte de esa voz en la medida que expresa una tradición que pertenece a todos; es decir, que en conjunto forman la voz popular, la voz colectiva. De ahí que la leyenda tenga una indiscutible veracidad, aunque las fuentes parezcan ambiguas[10].

Según las observaciones sobre las leyendas de mi corpus, la referencia a las fuentes se expresa comúnmente (61%) dentro de la fórmula de inicio, por ejemplo: "Cuentan los señores grandes que en la época de..." (*Duendes de la vecindad*). Aunque no es raro que aparezca en la de conclusión (31%); esto sucede especialmente cuando la leyenda explica una situación de la realidad; por ejemplo, el empobrecimiento de la mina 'causado' por una aparición de un ser sobrenatural que no pudo llevarse al minero: "Y dicen que desde entonces la mina tiene menos metal cada vez; porque dicen que ése don Ciro se le pudo escapar al Jergas". (*'El Jergas' del Mineral Real de Catorce, 2*). En algunos casos, el transmisor alude a las fuentes en ambas fórmulas (11%) y solamente un 7% de las leyendas no presentan ningún tipo de referencia al origen de la información.

b) La importancia de las fórmulas de inicio y cierre del relato en la transformación genérica del texto.

El proceso de conservación y variación es un fenómeno propio de toda la literatura tradicional y es el que permite que un texto viaje a través del tiempo y del espacio. Es decir: la tradición, a través de la transmisión de generación en generación, privilegia ciertos elementos (formales, temáticos, estructurales, etc.) y los conserva; y, otros más, los modifica y adapta a los nuevos valores, gustos e intereses de la comunidad para que ésta lo haga suyo, se apropie del texto y lo incluya en su acervo folclórico[11].

Debido a su amplio grado de apertura y

flexibilidad estructural, la leyenda es, quizás, la forma narrativa con mayor susceptibilidad de variación; ya que, además, cada versión responde a la visión del mundo de la comunidad y del narrador. Esta situación propicia cambios en distintos niveles: en el discurso, la intriga, etc. y hasta en el género. Si bien la mayoría de las modificaciones afectan a otros niveles, la posibilidad de transformación genérica no es rara y, menos aún, en la leyenda. Al respecto, A. van Gennep indicaba -desde principios del siglo-, que existía la posibilidad de que algunas personas no creyeran en determinadas leyendas[12] Esta actitud afecta directamente a su elemento esencial: el valor de verdad. Y puede ocasionar que el texto inicie una transformación genérica hacia el cuento (como relato de ficción) si la pérdida del valor de verdad se generaliza en toda la comunidad, que se convierta en una antileyenda (explicación racional de lo narrado) o, bien, que coexista en dos formas.

En las páginas anteriores subrayé la relevancia de la función que desempeñan las fórmulas de inicio y cierre en el reforzamiento del valor de verdad de una leyenda. Ahora bien, hay que añadir que la fórmula de inicio sirve, también, para que los oyentes identifiquen inmediatamente de qué tipo de relato se trata[13], de ahí que cualquier alteración puede ser significativa.

Como señalé, las fórmulas aparecen en la gran mayoría de las leyendas, mas no en su totalidad. Especialmente, cuatro de ellas destacan por carecer de estos recursos y poseen características semejantes entre sí, por ejemplo: se trata de la narración de distintos acontecimientos cuya comprobación resulta imposible: no queda ni el recuerdo de los hechos expresado en el nombre de un lugar (calle, monte, cueva, etc.). Tampoco presentan la posibilidad de que los sucesos se repitan. Constituyen, mas bien, narraciones cuyo final es 'cerrado': "...El taxista murió unas semanas después." (*El taxista de las ánimas,2*) o, bien: "...La mamá quería deshacer la maldición, pero ya nunca se pudo y la hija se quedó ahí hundida, hasta que se murió." (*La muchacha que se la tragó la tierra*). Así, se elimina del todo la alusión a las fuentes y a cualquier vínculo con el presente en la conclusión del relato.

Asimismo, suelen presentar como inicio, una fórmula hasta cierto punto asimilada a la fórmula del cuento: "Una vez, había una chica muy bella..."; aunque poco después -fuera de la fórmula- se mencione un lugar determinado: "...el baile era en un terreno cerca de la bomba de agua..." (*La muchacha que bailó con el diablo 1*). De tal manera que la ubicación en un tiempo y un espacio reales sea prácticamente nula y, por lo tanto, reste credibilidad al relato sugiriendo que se trata de una ficción, sobre todo, porque el cuento ocurre en un lugar y un tiempo indeterminados.

A pesar de las diferencias con el resto de leyendas, los informantes las han considerado como tales, es decir que aun poseen cierto valor de verdad; sin embargo, resulta evidente que no existe, por parte del transmisor ningún interés en reforzarlo y que, además, la comunidad lo acepta, por el momento, con esa ambigüedad.

Sin embargo, es casi seguro que, en un futuro, la propia cadena de transmisión oral termine de hacer las variaciones necesarias para transformar estos textos en cuentos conservando el tema y la historia de la leyenda. Por ahora, podemos decir que se trata de versiones en un estado de transición entre uno y otro género. Y señalar que la transformación es siempre paulatina; en un principio apenas perceptible y que, gradualmente, los elementos propios de un género ceden el lugar a los otros.

Las observaciones anteriores permiten destacar lo siguiente: primero, la apertura de la leyenda como género tradicional propicia una mayor variación o inestabilidad de algunos de sus componentes; sin embargo, algunos otros, que quizá se puedan considerar como estables o invariables, permanecen. Así, el valor de verdad de las leyendas no se ha perdido pese a la mayor o menor modernización de las localidades debido a que forman parte de un acervo tradicional que las comunidades se preocupan por conservar. El proceso de variación y conservación ha hecho posible que las comunidades adapten continuamente su repertorio de acuerdo a sus propios valores e intereses, de tal manera que las modificaciones no impliquen un empobrecimiento del acervo folclórico. Aunque me he referido solamente a una de las manifestaciones de la literatura tradicional, algunas de estas consideraciones finales pueden advertirse, también, en otras formas como son el cuento, el romance y el corrido mexicano, especialmente las que aluden a los aspectos de transmisión, conservación y variación de los textos, así como al interés comunitario por custodiar una memoria colectiva. Y, segundo, en relación con el corpus empleado, la variedad temática y riqueza de recursos tradicionales reflejan la vigencia de la literatura de transmisión oral en el noreste de México. Y, si bien el trabajo está basado en un corpus procedente de una zona determinada, las observaciones pueden aplicarse -en gran medida- a toda la leyenda de la tradición mexicana.

notas

[1] Aunque varios o incluso la mayoría de los miembros de una comunidad sepan un texto determinado, cada comunidad suele tener un especialista en uno o más géneros tradicionales. Estas personas poseen una habilidad peculiar para cantar o contar los textos, de ahí que se les considere privilegiados.

[2] Las observaciones se basan en un corpus de 40 leyendas y 63 versiones recogidas de la tradición oral del noreste de México. El trabajo de campo lo llevé a cabo entre 1991 y 1994 en distintas localidades de los estados de Coahuila, Nuevo León, San Luis Potosí y Zacatecas.

[3] Entre ellos: William Bascom, "The Forms of Folklore: Prose Narratives", *Journal of American Folklore*, 78 (1965), pp.3-20; y Stith Thompson, *The Folk-Tale*, University of California Press. Berkeley, 1946.

[4] *Vid.* R. A. Ramos, *El cuento folklórico: una aproximación a su estudio*, Pliegos, Madrid, 1988, p. 35.

[5] La ambigüedad es relativa en la medida que este tipo de observaciones aparece cuando la *performance* se efectúa en el mismo lugar (calle, barrio, etc.) donde ocurrieron los hechos del relato.

[6] Cabe aclarar que en las localidades donde aun hay vida comunitaria y vigencia de un acervo folclórico, no se suelen conocer leyendas de otros lugares ya que carecerían de valor de verdad. En todo caso, si las saben, las reconocen como relatos ajenos a su acervo tradicional.

[7] Incluyo entre paréntesis y en cursivas el título de la leyenda y seguido, si es preciso, del número de versión. Por razones de espacio, no anexo un apéndice con los textos completos.

[8] Las observaciones de Velasco son a propósito de las leyendas etiológicas y etimológicas; sin embargo, considero que se pueden aplicar a la leyenda en general. *Vid.* H. M. Velasco, "Leyendas y vinculaciones" en Jean Pierre Etienvre (ed.) *La leyenda. Antropología, historia, literatura. Coloquio hispano-francés*, Casa Velázquez - Universidad Complutense, Madrid, 1989, 115-132, p. 119.

[9] Una de las leyendas incluye la referencia exactamente a los viejos, denominándolos, como es común 'abuelos' (sin que exista el parentesco): "Dicen los abuelos de aquí del ejido que ese señor era..." (*El gringo y la cueva Lamadrid*).

[10] Al respecto, Dégh y Vázsnonyi afirman que la narración de la leyenda en primera persona proporciona mayor credibilidad al relato; es decir que el transmisor haya sido un testigo presencial de los hechos o, en algunos casos, que haya recibido la información de un testigo cercano (padres, hermanos, amigos, etc.) *Vid;* Linda Dégh y A. Vázsonyi, "The memorate and the protomemorate", *Journal of American Folklore*, 87 (1974), 231-242. Sin embargo, considero que, al menos para las comunidades de México, esta observación no tiene completa validez ya que la comunidad suele dudar de lo que considera experiencias personales, aún cuando estén relacionadas con la leyenda. En las propias palabras de uno de mis informantes: "Lo que le pasa a uno, vaya a saber si es verdad o pura invención; en cambio las otras [las leyendas] nos las sabemos todos, ni modo que sean mentira" (Informó: Juana López Murguía, 79 años, molinera, Cedral, San Luis Potosí, 30 de julio de 1994).

[11] Prueba evidente de ello es la vigencia del Romancero español -ahora hispánico- y de la infinidad de cuentos, leyendas, canciones líricas, etc. que pasaron a América en boca de los primeros conquistadores y que se han adaptado al contexto y las culturas americanas enriqueciendo la tradición e, inclusive, dando origen a otros géneros: el corrido mexicano, por ejemplo.

[12] *Vid.* Arnold van Gennep, *La formación de las leyendas,* Alta Fulla, Barcelona, 1982, (ed. facs. de la 1ª ed. en español, Madrid, 1914), p. 28.

[13] Es decir, cuando un oyente escucha, por ejemplo: "Había una vez..." reconoce que el transmisor narrará un relato ficticio, un cuento; en cambio si escucha una frase como: "Cuentan que por aquí, en la época de ...", sabrá, perfectamente, que se trata de una creencia, de algo verdadero y cuyo fin no es solamente divertir.